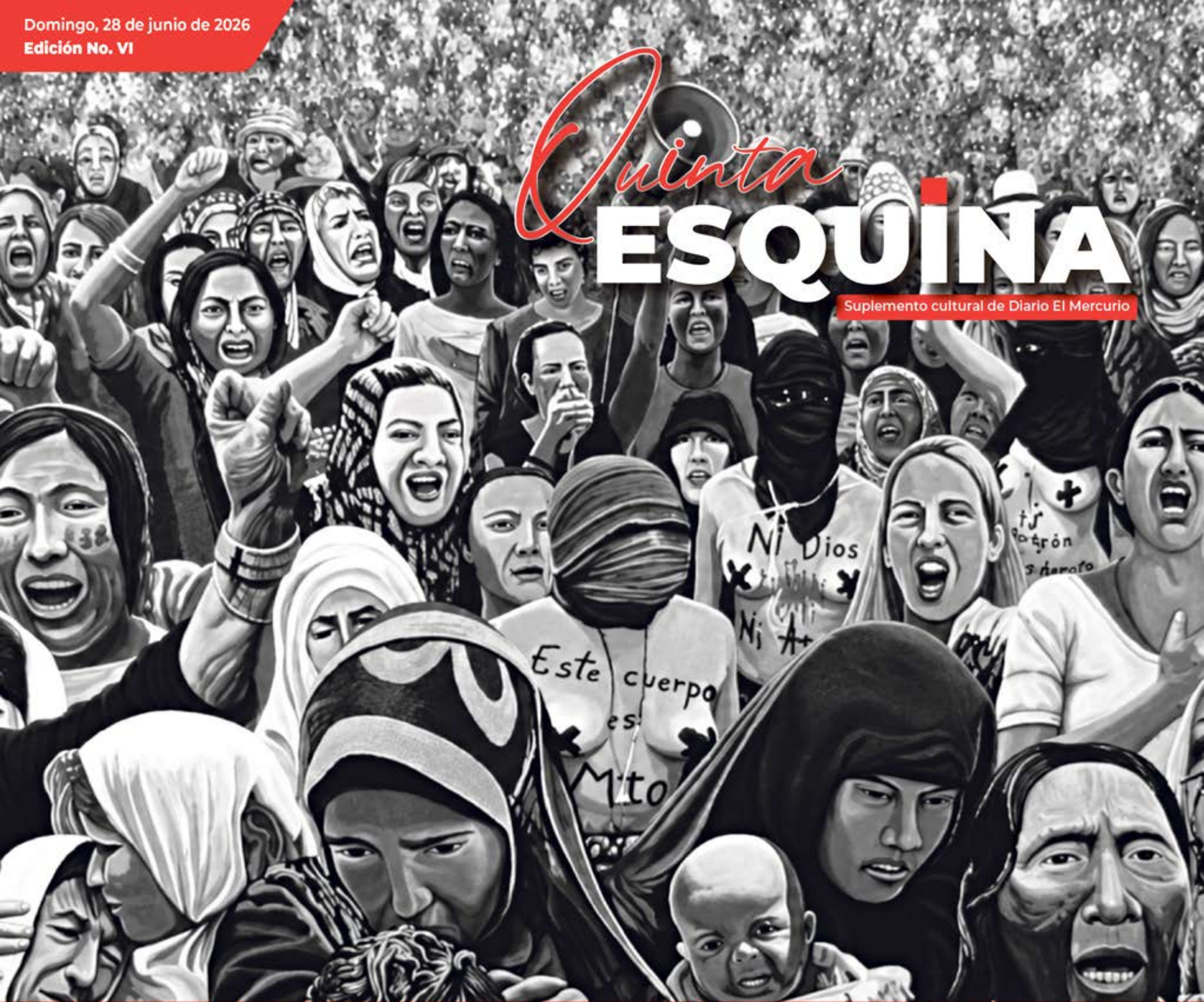


Quinta ESQUINA

Suplemento cultural de Diario El Mercurio



Esta composición de Lanner Díaz, reconocido artista cubano residente en Cuenca, concentra cuerpos, rostros, gritos, pañuelos, símbolos religiosos y consignas en una escena donde la protesta es acumulación de rabia, duelo y resistencia. El blanco y negro elimina cualquier distracción cromática y vuelve más visible el conflicto entre poder y representación. La obra no idealiza a la multitud; por el contrario, nos la muestra fragmentada, tensa, contradictoria, atravesada por género, raza, fe y violencia histórica.

Título: 'No hay tregua con las almas blancas (detalle)'
Autor: Lanner Díaz
Técnica: Acrílico sobre lienzo
Dimensiones: 100 cm x 120 cm
Año: 2017



EL MERCURIO

EDITORIAL

¿Qué significa sostener una revista cultural cuando la cultura, la ciencia y el arte siguen tratándose como gastos secundarios, incluso en un mundo donde la economía creativa ya mueve cifras enormes y donde Ecuador conserva una inversión científica mínima y una institucionalidad cultural cada vez más debilitada? Con esta pregunta no buscamos dramatizar el oficio, apenas ubicarlo. Leer, reseñar, mirar una obra o defender una conversación crítica sigue siendo una forma concreta de resistir a la precariedad.

Este sexto número del suplemento cultural Quinta Esquina de Diario El Mercurio reúne materiales que dialogan con esa tensión. En la portada presentamos una obra pictórica de Lanner Díaz; junto a ella, recuperamos sendos poemas de Soler y Quevedo. En nuestra sección Espacios para ir despacio, celebramos el trabajo de los librerías de viejo que comercian en la terraza de la Biblioteca Municipal Daniel Córdova. El tema central aborda la heroicidad y el poder en la literatura. También incluimos una reseña del último disco de Aldous Harding, una recomendación local dedicada a la música de Ulises Freire, una lectura de Los expulsados del reino, de Salvador Izquierdo, y una reflexión nacida del conversatorio "¿Y ahora qué?", sobre lo que ocurre después de publicar un libro.

Quizá una revista no corrige el abandono público de la cultura, pero sí disputa su lugar. En tiempos de escasez, insistir en el pensamiento, la lectura y el arte es una forma de surtir a cuentagotas a personas con sed de belleza. Que siempre son más de las que suponemos.

Dirección de "Quinta esquina":
Carlos Andrade Bayona & Carlos Vásconez

Penas Encimadas

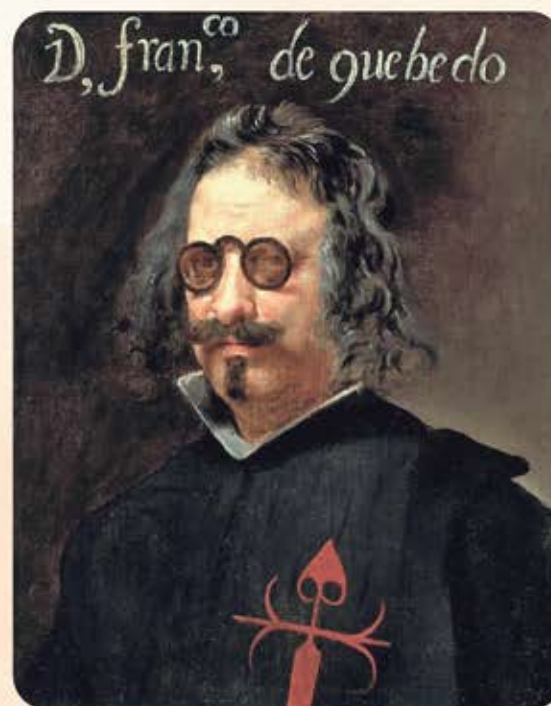
Carmen Soler

Sube la cuesta empinada
con la criatura en los brazos.
No hay un gemido en sus labios,
ni una queja en su mirada.

Va tejiendo su jornada
de sol a sol, trabajando
sin un descanso, cuidando
su pan, su casa y su suerte,
desafiando a la muerte
y al mundo que va ignorando.

Penas encimadas tiene:
ser mujer y ser del pueblo;
vivir bajo un mismo cielo
sin que la ayuda le llegue.

Mas su fortaleza viene
de su pecho, de su entraña,
y es su heroísmo la hazaña
de no rendirse jamás,
de siempre mirar detrás
y seguir, sin que la engañen.



Lienzo, conservado en el Instituto Valencia de Don Juan y atribuido a Juan van der Hamen.

Soneto de Francisco Gómez de Quevedo Villegas
(Madrid, 1580 – Villanueva de los Infantes, 1645)

Miré los muros de la patria mía

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

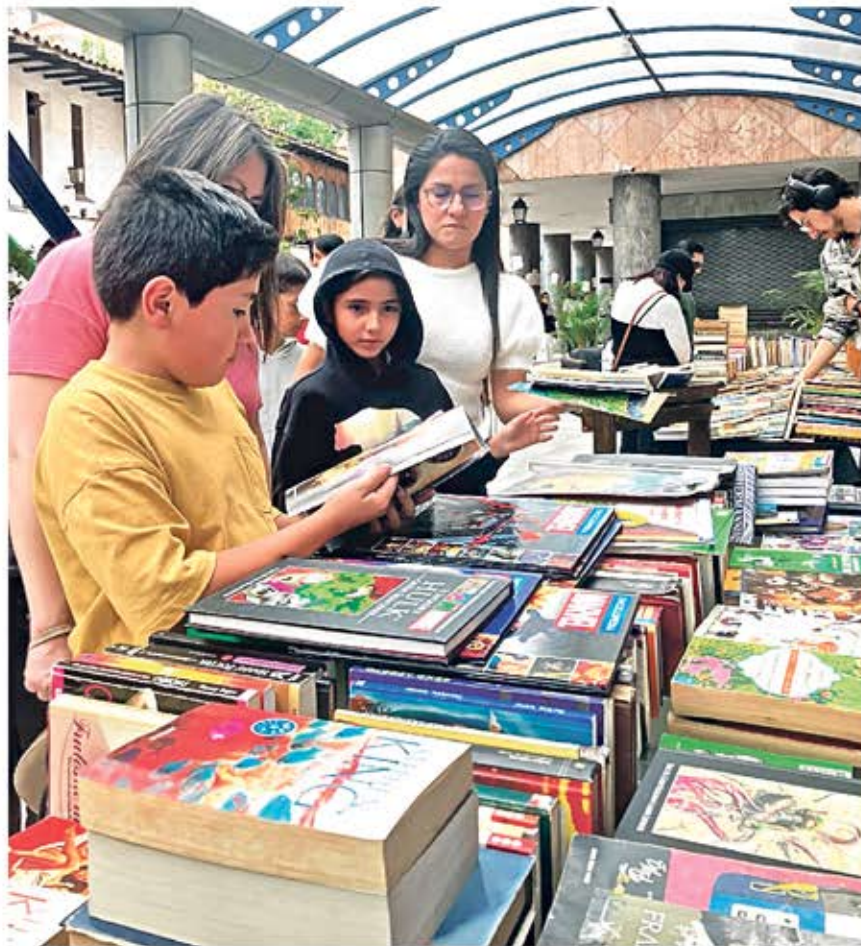
Salime al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día

Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era ya despojos:
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida por la edad senti mi espada
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

ESPACIOS PARA IR DESPACIO

“SEGUNDAS LECTURAS, LIBROS USADOS”



Cuando le preguntaron a Elias Canetti el porqué del argumento central de *Auto de fe*, Canetti, sin dudar, aseguró que su objetivo primario, el génesis de su obra maestra, fue deshacerse de sus libros, porque los amaba mucho. Algo repitió tiempo antes Borges (sí, repitió, ya que, borgeanamente, lo que dijo el sabio argentino solo se replicaría eternamente en voces ajenas y remotas en el tiempo siempre nuevo), en el prólogo a *La invención de Morel*, la tan poco y tan maravillosa *nouvelle* de Bioy Casa-

res, al asegurar que si algo nos enseñaron los maestros narradores rusos, digase Tolstói, Dostoievski o Chéjov, fue que hay de todo y que una pareja puede tranquilamente separarse porque se aman demasiado. El caso de Canetti no dista del de los rusos decimonónicos. Hace pocos días, Juan Francisco Vinuesa me esgrima en Palier su tesis de que uno debe desprenderse de los libros, porque así toman vuelo, adquieren nuevas voces.

Sé que la razón esencial de que los clásicos perduren es misteriosa, como

misterioso es que grandes obras sean leídas luego de mucho tiempo de que su autor visite el Más Allá. Sé menos, pero sé que las lecturas bien dispuestas agrandan un legado, que cuando alguien lee con entusiasmo contenido, con emoción desbordantemente tierna, Shakespeare o Flaubert mejoran, *Madame Bovary* y *Macbeth* adquieren más cuerpo. La trascendencia no se limita al objeto libresco, hay un eco que recorre los pueblos y los montes, los mares y los valles y que surge del fondo oscuro de una biblioteca particular. Entiendo que los libros deban tomar su curso, porque quizás nuestras amorosas manos no supieron transmitirles las caricias y el desnudo que merecían, como aquellos amantes rusos, mentados ya.

De ahí que surja la urgencia de librerías de viejo y de lugares de encuentro con lo que el otro vio, con lo que el otro subrayó y que nos deje una inquietud del porqué, ay que quizás no convengamos en que esa línea sea la destacada sino esta otra. Desde la Biblioteca Municipal Daniel Córdova, y su regente, el poeta Agustín Molina, custodio del corazón de la morlaquía, se ha programado, con frecuencia, una reunión de libreros que obliga a disminuir el ritmo de nuestros pasos, a contemplar los libros, a veces con manchas imborrables de café, a veces con rastros de

Encoversado:

—Me pregunto quién inventó el corazón humano. Dimelo, y luego muéstrame el lugar donde lo ahorcaron.

Lawrence Durrell

lágrimas que han embarazado aquellas páginas, a veces con dedicatorias románticas y a veces con firmas valiosas que nos hacen sospechar que esos libros o fueron o no leídos. Libreros como William Narváez, de Libros Amauta. Librerías ambulantes como Odradek, de Jorge Aguilar, o Pájaro Lobo, de Mauricio Ortiz. Sebastián Lazo, con su Fantasticoteca. Doña Carlota, que tiene sus libros en el arco que da a la plaza Toulup, puesto innominado. Pablo Román, quien va siempre con su cargamento de sueños. Vladimir o "Mishi". También iniciativas como Ñucanchi Guapondelig, tienda de libros que se identifica más como una "Casa de estudios y artes populares". Y no olvidemos a la editorial independiente Cortopunzante. Es decir, una gama amplia de opciones, con libros de toda laya para varios gustos, pero, lo más importante, que nos permiten optar por un camino, o que los libros opten por nosotros.

No es un trabajo cualquiera comerciar con libros. Es como comerciar con la mente y la creatividad de los seres humanos. Por eso, si cualquiera les pregunta por tal o cual libro, ellos sabrán encaminarlos, porque un buen librero sabe lo que necesitamos o deseamos antes que nosotros, pregúntele si no a Sebastián Lazo, adivino poeta. (CV)

SABIDURÍA

- ¿Qué se debe hacer cuando el ruiseñor se niega a cantar?
- Retorcerle el cuello —contestó el primero.
- Obligarle a cantar —dijo el segundo.
- Esperar a que cante —declaró el tercero, que era un sabio.

Leyenda japonesa

¡OH, HÉROE EN EL PAPEL!

ACERCAMIENTO AL HEROÍSMO EN LA LITERATURA



La alocución, "En un lugar", es lo mismo que decir "En muchos lugares". Todo ocupa un puesto que, cuando se suman sus partes, son el mismo puesto. Así, podemos reducir el espacio mínimo a partir del universo en su integridad, aunque no sepamos qué significa eso. En el universo conocido, que es el que abarca nuestra visión y comprensión (es decir, nuestro lenguaje), las partes no son lo mismo que el todo.

Una persona con características viles es separada de la sociedad a un espacio asignado para que pene por sus fechorías o bajezas. En cambio, alguien cuya probidad haya sido demostrada, es elevada, así sea de manera imaginaria, a los altares. De tal modo, cada quien ocupa un puesto específico. Hay un lugar en el que estará. Quizá en esto la literatura se desmarca de las corrientes de pensamiento y facto para generar un espacio donde todos podemos identificarnos (nuevamente, en la palabra). La palabra es el único lugar de nuestros encuentros, así como lo es de nuestros desencuentros. Cuando Miguel de Cervantes escribe "En un lugar de La Mancha", para el lector ese lugar es el suyo, lo entiende sin depender de conocer, por ejemplo, el contexto histórico de España, o del mundo en sí, de finales del siglo XVI e inicios del XVII. "En un lugar" es, por extensión, todos los lugares, es cada sitio donde hay un lector que, aterrado, y por eso emocionado ante el misterio inminente, abre la gran novela española. A partir de ese momento, que también es muchos momentos, los sentimientos del Quijote empiezan a difundirse (o fundirse, tal cual) en cada nervio del lector, quien identificará, le guste o no hacerlo, los actos del caballero andante con los que ha soñado, puede que en la vigilia, ojalá que en la vigilia, que serían los suyos. Actos de heroísmo incondicional en los que, sin esperar algo a cambio, un sujeto, de pocas carnes y el seso cocido, ejecuta por el bien común, aunque sí con el anhelo de ser reconocido como un caballero, salvador de inocentes y de poblados que se ven sumidos en las injusticias, que están siempre a pedir de boca de los hombres. Por extensión —como he dicho—, todos somos el Quijote al sentir su hidalguía y desenfreno. Por extensión, todos estamos locos.

Es entonces cuando empieza el sentido de heroísmo como lo palpamos hoy en día. Antes, o Ulises o Aquiles, o Dante o Job mostraban un mundo en el que los héroes no se sentían como parte de este mundo, y no todos ellos calzaban en la definición convencional de líder. Posiblemente, tampoco calce el Quijote, pero tiene de líder ciertas características naturales, acaso por ser un señor de casa. Aquiles, menos heroico que Ulises, y ciertamente menos líder, trata a toda costa de desprenderse de su condición sobrehumana, pero sus fuerzas no llegan a tal nivel. Siempre estará atado a la desgracia de los dioses. Su destino le resulta ineludible. No la locura lo zafaría de esos cabos y cadenas. Es un hombre, porque tiene todos los defectos, y el mayor de ellos es el temor. Pero su temor es uno que los hombres no lo entenderían jamás. Es el temor a una eterna vida de aburrimiento. Para él, como para los dioses homéricos, la palabra "aburrimiento" es sinónimo de "inmortalidad". Todos mueren y morirán a su alrededor, así que debe normarse algo para que exista la supervivencia de los otros. Y es que, para un inmortal, en su condición anula los pecados. Esos pecados que tanta diversión proporcionan a los seres humanos. Él los ve. Andan a hurtadillas, son traviesos, buscan las maneras de ser haraganes, son sus héroes por el ingenio que emanan. Conoce a Ulises, más heroico que Aquiles, más inmortal, por lo tanto, y sabe que él será quien otorgue la victoria, él conquistará Troya. El ardid que Ulises emplea no es la gran cosa. Para él, más complicado será recuperar los afectos de su mujer, en quien piensa a diario, en quien sueña, sumergiéndose en laberintos nocturnos para rescatarla. Eso mantiene viva y ocupada su mente. Esa mente laboriosa que nos enseña que el heroísmo es enloquecer, porque escucha el canto, algo



que milenios después replicará ese Caballero de la Triste Figura. Enloquece a propósito, y todo lo demás es producto de esa locura. Enloquece cuando el canto de las sirenas entra por sus oídos. Todo lo que viene después es falso en vista de que las sirenas no toleran su escapatoria. Ellas saben que fueron escuchadas. Las canciones saben cuando reposan en buenos oídos. Por eso mejoran cada vez que son entonadas de nuevo, así la interpretación no sea tan amable. Y las sirenas eran canto, no eran devoradoras de marineros. Eran su canto. Cuando Ulises le cuenta a Penélope las travesías que ha tenido que cursar, solo está replicando el canto, que afinó en su período de vagabundo y pedigueño a las afueras de su propio palacio, disfrazado de nadie. Había sido amo y señor y ahora era una piltrafa a quien escupían sus subyugados, quienes entraban en el escenario con su papel cumplido: ellos también debían fingir, fingir que no sabían que Ulises había regresado, fingir que no morirían si osaban anhelar a su señora.

La literatura nos proporciona héroes dispares. Como a quienes remeda, las personas en literatura intentan originalidad, que es encontrada exclusivamente el rato en que existen sacrificios. Un líder humano, que en cierta medida roza a la imagen de héroe que tenemos, al menos desde lo conceptual, es alguien que deja de hacer

varias actividades moralmente dudosas para encaminar el sendero de los otros. En teoría, se trata de alguien intachable, alguien a quien debemos seguir porque su ejemplo es rescatable. Entonces, la mortalidad se pierde a cambio de su sacrificio. Lo que queda son sus actos que han devenido palabras, lo que cierra el círculo, ya que los actos, previamente, fueron palabras. La inmortalidad, herencia de Ulises, puede replicarse. Las palabras con las que cautiva a Penélope, que luego lo verá partir de nuevo, acaso en espera de que regrese a reconquistar su amor (nadie imaginaria que Penélope no se acostumbró a esperar y los galanteos y esfuerzos de otros príncipes y nobles por desposarla), son las mismas palabras que enarboló el líder de una empresa multinacional en nuestros días. Palabras de convencimiento, de enamoramiento, palabras en las que cabe el mundo real y algunos mundos alternos. En los afamados, y ciertamente maravillosos, compendios de héroes, escritos, casi a la par, por Ralph Waldo Emerson y Thomas Carlyle, el planteamiento nos hace discutir con los autores si de verdad existen hombres superiores y cuyos destinos están previamente trazados. En el Romanticismo, esta concepción era habitual. Del recién nacido, cuando era apenas un recién nacido, se podía narrar su biografía hasta su fallecimiento. Era como si se le escribiera el guion que estaba obligado a cumplir, de memoria, con punto y coma. Era algo común y algo dislocado de la realidad. En otras palabras, la realidad nos signaba. El hijo de aristócratas, aristócrata sería. El hijo de sirvientes, no podría evadir su hado. Carlyle, verbigracia, planteó que el destino de Napoleón era grande, sin margen para la discusión. De no haber sido el estadista notabilísimo que fue, habría sido un teatrero a la altura de Shakespeare, quien, en cambio, así hubiese dedicado sus esfuerzos a la zapatería, habría sido el más destacado zapatero de todos los tiempos, acaso sus zapatos habrían enseñado a todos a bailar. Fue entonces necesaria la presencia de una pluma que desdiga esos caminos. Que empiedre una ruta desconocida por donde los descualzos puedan caminar sin tanto dolor. Ese hombre santo se llamó Charles Dickens, y, aparte de fundar la nostalgia y la Navidad, heroizó a la clase obrera, a los borrachos de taberna que lloraban en coro por sus mujeres e hijos a altas horas de la noche, a quienes tenían la posibilidad de ser buenos. Generó finales felices, que, por más cierto que sea que existían previamente, no eran la comidilla habitual de las novelas o relatos de la época victoriana, ni lo ha sido nunca.

A través de todo este breve recorrido, nos preguntamos cuál es el sitio preponderante, el verdadero lugar que ocupa un héroe. Si es uno y uno es muchos, entonces podríamos asegurar que el héroe viene de la mano de la historia del hombre. En cierta medida y por lo tanto, el

héroe es la sombra del ser humano. Está ahí, latiendo en el corazón de los hombres, y es la palabra que lo gobierna la que lo forja. Las palabras son la materia de la cual estamos hechos, diría Eliot. Para Andrés Neuman, en su *Barbarismos*, la definición de héroe es "Personaje encargado de distraernos del auténtico protagonista". Y líder es "Traidor en ciernes".

Uno de los últimos casos destacados de heroísmo ha sido protagonizado por las mujeres. Ya sabemos cuánto importan las lectoras, Anna Karenina, sobre todo, pero sería de plano injusto infravalorar a Isak Dinesen o a la amante de Marguerite Duras, y en los últimos tiempos a Agnes, la Anne Hathaway de Maggie O'Farrell, verdadera heroína shakespereana que estelariza *Hamnet*. Sus maneras son delicias. Como Anna Karenina se sienta, cruza las piernas, lo que es una afrenta a cualquier hombre que pretenda acercársele, también un reto. Se ha peinado al descuido. Lee con la misma suavidad con que acaricia los bordes de las páginas. El libro en sus manos, levita. Ella no está ahí, está solo el libro. Dinesen habla de África, habla con una voz queda, con la voz de quien ensayó durante su niñez cada Sol Mayor con maestros tutelares particulares y diestros. Alguno de ellos la amó en silencio, y ella le devolvió el silencio. Agnes corta hierbas, se lastima en alguna y chupa su sangre. Se vampiriza. No sabe por qué pero sabe que puede leer su destino. Agnes es Maggie, su hacedora. Tiene en sus pócimas su destino. Nadie más, solo ella. Prepara un caldo para su marido. Refuerza su mente, le provoca ansiedad. Sí, hay una heroína más. Hay una lideresa más. La lectora. Y es que la amante lee su destino en las líneas de las manos de su amante.

Hay un héroe más. Este se para siempre en una esquina para salvar a alguien. De tanto estar ahí parado y para que las leyes en su versión uniformada no lo ataquen o interrumpen, se finge vagabundo. Algún día el destino le sonreirá y salvará a alguien de una muerte segura. No reclamará en vida nada, pero algún despistado escribirá su historia; eso lo sabe, lo siente inevitable. Pero este escriba la recordará mal, es decir que de su pluma saldrá una obra maestra porque no conocerá los pormenores de su heroísmo. La escritura inmemorial es el resumen de sí misma. Aquel hombre, abnegado y prometeico, quería triunfar en la vida, una sola vez, y luego perderlo todo, como aquel Job bíblico que a su pesar entendió el porvenir y se resignó a este. Claro, el vagabundo, a quien salvará, será al Diablo, vestido de inocencia y víctima. Nuestro héroe, habrá fracasado, volviéndose el héroe del Señor de las Tinieblas. Y solo sonreirá. [CV]

TRAIN ON THE ISLAND DE ALDOUS HARDING



Train on the Island, el quinto álbum de la neozelandesa Aldous Harding, monta una arquitectura austera, basada en piano, guitarra acústica, órgano, bajo y batería, con pedal steel, arpa y sintetizadores como recursos puntuales de color, destinados a ampliar la textura sin recargar el conjunto. La producción de John Parish, colaborador habitual de PJ Harvey en los noventa, privilegia la separación entre instrumentos, evita la saturación y ubica la voz al frente. A partir de esa economía, el álbum se afirma como un disco de folk de cámara, construido sobre ostinatos, patrones rítmicos simples y frases melódicas cortas.

"I Ate the Most", canción que fija el tono

del disco, abre con órgano sostenido, percusión mínima y una línea vocal grave. La base armónica se mueve poco, y esa quietud concentra la atención en una lírica sobre compulsiones alimentarias y culpa infantil. Luego, "One Stop" introduce un motivo de piano repetitivo antes de abrirse hacia un estribillo apoyado en guitarra acústica rasgueada. Ese cambio de textura da movilidad a una canción sobre escritura y memoria, dos asuntos que Harding trabaja desde una distancia medida, sin énfasis confesional.

"Train on the Island" reduce todavía más el movimiento instrumental mediante piano de pocas notas, bajo elemental, guitarra y percusión secas, con una progresión acumulativa. En

ella, el tren funciona como imagen de salida o promesa fallida. A su vez, "Worms" mantiene un pulso lento, con batería de ataque blando y acompañamiento armónico estable, lo que contrasta con una letra hecha de materiales dispersos que van desde una nota escolar hasta la plegaria por un incel.

"Venus in the Zinnia", interpretada a dúo con el cantautor galés H. Hawklins, propone un ritmo constante, guitarras electroacústicas, pandereta y un solo de piano Wurlitzer a cargo del propio Parish. La ligereza de esta pieza queda en entredicho por versos donde confluyen imágenes florales y alusiones ominosas. Después, "If Lady Does It" retoma una base más rígida, con piano, guitarra escueta y un ritmo cercano a una marcha. La repetición de "He's got a new bag / he's not a new boy" convierte un objeto común en marca de identidad.

"San Francisco" inicia con una textura electrónica tenue y, en su tramo final, incorpora de modo abrupto un estribillo de guitarra acústica que recuerda el procedimiento de "One Stop". Aquí, sin embargo, el contraste produce un efecto más inestable, acorde con la descripción lírica de una ciudad entendida como espacio de tránsito y vigilancia afectiva. En "What Am I Gonna Do?", por su parte, la línea vocal se mueve con cuidado entre las frases.

Recomendación:

Decir "Freire" en Cuenca es decir música, melomanía, embriagador paisaje morlaco. "Cuenquita mía" es un tema reciente del magnífico compositor y cantante Ulises Freire. Tema que aborda las últimas historias de la ciudad, el quinto río, los sucesos de mayor relieve mezclados, como buen cuencano, con las cosas minúsculas y bellas que nos signan. Mientras se cante al sitio de donde provenimos o al que pertenecemos, sabremos que la tierra es nosotros. Canción para ir y volver con ella en la punta de la lengua, como un rumor a voces. (CV)

mientras la instrumentación, en su sección final, se reduce a un solo de arpa. La pregunta del título queda como límite emocional, sin que la canción plantee una respuesta.

"Riding That Symbol" descansa sobre guitarra acústica y tempo reposado. La voz se mantiene distante, mientras la letra reúne espectros y una niña perdida alrededor de un símbolo que no se explica. La canción muestra uno de los riesgos asumidos por el álbum, la opacidad a punto de rozar el hermetismo cuando la presión musical se debilita. Finalmente, "Coats" cierra con batería vacilante, guitarra firme y una melodía de tono infantil que, en el coro, cambia de registro y se vuelve memorable.

Train on the Island cautiva porque sus arreglos sostienen la ambigüedad lírica con precisión, de modo que la rareza verbal no pierde fuerza ni queda aislada de una tensión musical reconocible. Tal como ocurre en otros grandes discos de este año, como *Secret Love*, de Dry Cleaning, o *Nothing's About to Happen to Me*, de Mitski, Harding convierte una instrumentación sobria en una forma de tensión incesante, donde la voz, los silencios y los pequeños desplazamientos armónicos pesan más que cualquier gesto expansivo. (CA)



Los expulsados del reino, de Salvador Izquierdo

Salvador Izquierdo

Los expulsados del reino



Piel de Zapa

Se dice, no sin sentido y argumentos sólidos, que Ecuador es un país de cuentistas, dada la proliferación y calidad de quienes han cultivado este género, sobre todo los primeros tres cuartos del siglo XX, no obstante que nos hemos destacado superlativamente en la poesía, con nombres clave de la literatura en español, como Jorge Carrera o César Dávila, inevitables en nuestro imaginario. Y luego, añadimos que la novela no nos sienta mal, que tenemos bases para afirmar que la ficción narrativa de largo aliento puede emplazarse con autoridad sobre las capas de la vida y ser una forma más de vida, como habría anhelado Balzac. De pronto, en Ecuador la creación literaria abarca todos los géneros (no voy a dejar escapar al ensayo, indispensable para hundirnos en y fundirnos con lo leído). Y dentro de estos géneros, empezamos a distinguir aspectos estéticos sobresalientes en subgéneros, o géneros dentro del género, como habría aspirado, en cambio, Vargas Llosa, voluntarioso lector de Balzac.

La novela histórica ha pasado por buenas manos desde esta vio la luz en nuestra patria. Bástenos nombrar a Nelson Estupiñán Bass, Juan Valdano, Eliécer

Cárdenas o incluso, tangencial a este género pero nutrida por el mismo, y ahora arriba a manos de uno de los autores contemporáneos de Ecuador más originales y solventes, Salvador Izquierdo. De él recordaremos *Te Faruru* o *El Nuevo Zaldumbide*, en novela, composiciones narrativas que causaron revuelo en nuestra nación. Ahora nos vuelve a sorprender con *Los expulsados del reino*, publicado por Piel de Zapa (alusión al aludido Balzac).

Quizás los aspectos de mayor relieve de *Los expulsados del reino* sean los formales. Desde que lo abrimos notamos una estructura distinta a lo habitual. La cabeza y el corazón de Izquierdo nos ponen a prueba, como toda literatura que se precie de ser tal, en nuestra capacidad de empatía. Su laberíntica postura, sus excesivos circunloquios van de la mano con un acierto dialéctico, aunque empeñan la diégesis o el tránsito aristotélico de lo que nos está contando. Parecería, como parecía hacerlo Lezama, como definitivamente aspiró hacerlo Joyce en *Finnegan's Wake*, que en lugar de contarnos quiere no contarnos, pero que sepamos con todas las palabras lo que intenta desdecir. Si profundizamos, aseguráramos que desdecir es sinónimo de maldecir. En este libro, en esta novela hay una sola voz que canta muchos temas, en muchos tonos, en estilos distintos todos entre sí, con ritmos variados, y sin embargo todos atravesados por una constante crítica. Como todo imaginador de la historia, Salvador Izquierdo la investiga a profundidad para concentrarse en un solo aspecto de la misma: la visión de un ser humano, que en cambio siempre será subjetiva.

Los expulsados del reino no es una novela sencilla; ninguna buena novela lo es. Lo que sí es, como lo es toda novela histórica, un homenaje a un tiempo ido que parece que está por llegar. Libro de omisiones, y por lo tanto de violencia. Libro de amores, y por lo tanto de violen-



cia. Libro en el que el verbo crea y recrea, incluso, veladamente, a sus tótems literarios (revisar las páginas 139-143). Libro de la imaginación, no tanto como le habría gustado a Bolaño, más como le habría gustado a Fuentes, a Salvador Elizondo, a Daniel Sada. (CV)



¿Y ahora qué? (Conversatorio sobre lo que pasa con el libro luego de que este se publicara)

En Palier Café-Libro se llevó a cabo un conversatorio que abordó un tema poco mencionado, no solo a nivel local, a nivel global: ¿qué ocurre luego de que un libro ve la luz? Las editoriales multinacionales convendrán en giras y varios recursos para llamar la atención, sobre todo de índole mercantilista o comunicacional, herramientas indispensables para que un libro perdure en la mente de las personas y para que los escritores no sientan un desasosiego digno de Pessoa: el de verse abandonados,

retirados en la paz de los desiertos, con pocos pero doctos libros juntos, parafraseando al gran Quevedo, oyendo a los muertos.

Es así que, movidos por la curiosidad de saber qué pasa, se llevó a efecto esta charla que involucró a tres voces, distintas en su estilo, temática y género, que han alcanzado notoriedad en el último año, gracias a sus libros: Bridget Gibbs Andrade, Juan Manuel Ramos y Agustín Molina. El diálogo fue extenso, nada agotador, e involucró a un público atento y dispuesto a ser interlocutor. El arte de difundir un objeto (al fin y al cabo, el libro lo es, uno con un sinfín de arcanos, evidentemente) no es cosa sencilla para un letrador, alguien abocado a pensar o repensar en fracasos y la mejor forma de sobrellevarlos: lo que no es regla, apenas es una constante.

No hay resolución, y quizás encuentros como este deban suscitarse precisamente bajo la premisa de que lo planteado, como en este caso, una interrogante, sea retórica o apenas se atisbe una leve luz de claridad. Los tres escritores convinieron en que, se vendan o distribuyan o no los libros, la misión es personal, porque la voz es única e indivisa, y que dejar de escribir es una forma paralela a rendirse ante la vida. Aunque la escritura hable, más que nada, de la muerte acechante y cosechadora. (CV)

PLAN
CREDI
CASA

INTERÉS CHIQUITITO
PARA
SUEÑOS GRANDES

AL 2.99%

MÁS INFORMACIÓN

INMO.BIESS.FIN.EC



 **Biess**
¡El banco que cumple tus sueños!



GOBIERNO DEL
ECUADOR